
Isaac Deutscher

Los dilemas morales de **Lenin** *



Traducción:

Juan Ramón Capella

(Texto extraído de la obra *Ironías de la historia*,
Ed. Península, Barcelona, 1969)

* Publicado (en inglés) en *The Listener* el 5 de febrero de 1959

“El *partido dominante* de una democracia burguesa sólo cede la *defensa de la minoría* a otro partido burgués, mientras que, al proletariado, en todo problema serio, profundo y fundamental, en lugar de “defensa de la minoría” le tocan en suerte estados de guerra o *pogromos*. Cuanto más desarrollada está la democracia, tanto más se acerca al *pogromo* o a la *guerra civil* en toda divergencia política peligrosa para la burguesía. El sabio señor Kautsky podía haber advertido esta “ley” de la democracia burguesa en el **Caso Dreyfus** en la Francia republicana, en el linchamiento de negros e internacionalistas en la democracia republicana de los Estados Unidos”

La revolución, proletaria y el renegado Kautsky

V. I. Lenin

Lenin evocaba a menudo los ejemplos de Cromwell y Robespierre, y definía el papel del bolchevique como el de “un jacobino moderno, que actúa en estrecho contacto con la clase obrera, como agente revolucionarlo suyo”. Sin embargo, a diferencia de los dirigentes jacobinos y puritanos, Lenin no fue un moralista. Evocaba a Robespierre y a Cromwell como hombres de acción y como maestros de estrategia revolucionaria; no como ideólogos. Recordaba que incluso como dirigentes de revoluciones burguesas, Robespierre y Cromwell estuvieron en conflicto con la burguesía, que no comprendía

siquiera las necesidades de la sociedad burguesa, y que tuvieron que recurrir a las clases inferiores, al pueblo bajo, a los artesanos y a las plebes urbanas. De la experiencia puritana y jacobina Lenin sacó también la lección de que es algo natural a la revolución excederse a sí misma para realizar su tarea histórica: los revolucionarios, por regla general, se proponían algo que en su época era inalcanzable para garantizar lo que sí lo era.

Pero, mientras que puritanos y jacobinos eran guiados en sus conciencias por absolutos morales, Cromwell por *“la palabra de Dios”* y Robespierre por una idea metafísica de virtud, Lenin se negó a atribuir validez absoluta a ningún principio o norma ética. No aceptaba ninguna moralidad supra histórica, ningún imperativo categórico, fuera éste religioso o secular. Al igual que Marx, consideraba las ideas éticas del hombre como parte de su conciencia social, la cual es frecuentemente una falsa conciencia, que refleja y vela, transfigura y glorifica, determinadas necesidades sociales, determinados intereses de clases y determinadas exigencias de la auto-
ridad.

Por consiguiente, Lenin se enfrentaba a las cuestiones de moral dentro de un espíritu de relativismo histórico. Pero sería un error confundir esto con la indiferencia moral. Lenin fue un hombre de principios, y sobre la base de estos principios actuó con una entrega extraordinaria y desinteresada y con intensa pasión moral. Creo que fue Bujarin el primero en decir que la filosofía leninista del determinismo histórico tiene en común con la doctrina puritana de la predestinación que, en vez de adormecer el sentido de la responsabilidad moral personal, lo refuerza.

Cromwell y Robespierre se convirtieron en revoluciona-

rios cuando les arrastró la corriente de la revolución real; ninguno de los dos había decidido, al comienzo de sus carreras, trabajar por el derrocamiento del sistema de gobierno establecido. Lenin, por el contrario, emprendió deliberadamente el camino del revolucionario más de un cuarto de siglo antes de 1917. Solamente estuvo en el poder seis años de los treinta que duró su actividad política: durante veinticuatro años fue un pros crito, un luchador oculto, un preso político y un exiliado. Durante esos veinticuatro años no esperó más recompensa por su lucha que la satisfacción moral. Incluso en enero de 1917 dijo, en una reunión pública, que él y los hombres de su generación probablemente no vivirían lo suficiente para ver el triunfo de la revolución en Rusia. ¿Qué es, pues, lo que le dio a Lenin, un hombre político genial pero también de extraordinaria capacidad en muchos otros campos, la fuerza moral necesaria para condenarse a sí mismo a la persecución y a la penuria al servicio de una causa cuya victoria ni siquiera esperaba ver?

Fue el viejo sueño de la libertad humana. Él, el más realista de los revolucionarios, acostumbraba a decir que es imposible ser un revolucionario sin ser un soñador y sin tener una vena de romanticismo. El aumento de la libertad humana implicaba para él, en primer lugar, la liberación de Rusia del zarismo y de un modo de vida arraigado en la antigua servidumbre. Implicaba finalmente la liberación de la sociedad en general de la menos evidente pero no menos real dominación del hombre por el hombre, inherente al predominio de la propiedad burguesa. Veía, en la contradicción entre el carácter social de la producción moderna y el carácter antisocial de la propiedad burguesa la principal fuente de ese irracionalismo que condena a la sociedad moderna a las crisis y guerras periódicas, y que hace imposible que la

humanidad empiece a ser dueña de su propio destino Si para Milton los ingleses fieles al rey no eran hombres libres, para Lenin la fidelidad a la sociedad burguesa y a sus formas de propiedad era igualmente la esclavitud moral. Para él solamente era moral la acción que aceleraba el final del orden burgués y la implantación de la dictadura del proletariado; creía que únicamente semejante dictadura abriría camino a una sociedad sin clases y sin Estado.

Lenin fue consciente de la contradicción inherente a esta actitud. Su ideal era una sociedad libre del dominio de clase y de la autoridad estatal, pero, de modo inmediato, trataba de implantar la supremacía de una clase, la clase obrera, y de fundar un nuevo Estado, la dictadura del proletariado. Trataba de resolver este dilema insistiendo en que, a diferencia de los demás Estados, la dictadura del proletariado no necesitaría máquina gubernamental opresora alguna: no sería necesaria una burocracia privilegiada que, por regla general, “se separa del pueblo, se eleva por encima de él y se opone a él”. En su obra *El Estado y la Revolución*, que escribió en vísperas de la toma del poder por los bolcheviques, describió la dictadura del proletariado como una especie de para-Estado, un Estado constituido por “*el pueblo armado*”, y no por una burocracia; un Estado que se disolvería progresivamente en la sociedad y que prepararía su propia extinción.

Aquí, en esta concepción, y en su conflicto con las realidades de la revolución rusa, estuvo la fuente de la única crisis moral verdaderamente grande y aplastante que conoció Lenin: la crisis del final de su vida. A menudo había tenido que afrontar graves dilemas, que someter sus ideas a la prueba de la experiencia, que

revisarlas, volver sobre sus pasos, reconocer la derrota y –lo que era más difícil– admitir el error; conoció momentos de vacilación, de angustia e incluso de derrumbamiento nervioso, pues al Lenin real –que no es el Lenin de la iconografía soviética– nada humano le era ajeno. Padeció las más graves tensiones nerviosas, siempre que tuvo que enfrentarse a sus antiguos amigos, como enemigos políticos. Ni siquiera al final de su vida superó el dolor que le había causado su ruptura con Martov, el dirigente de los mencheviques.

Le afectó profundamente el comportamiento de los dirigentes de la Internacional Socialista en 1914, al estallar la Primera Guerra Mundial, cuando decidió romper con ellos como “traidores al socialismo”. Pero en ninguno de estos y otros acontecimientos políticos importantes experimentó nada parecido a una crisis moral.

Permítaseme dar otros dos ejemplos: en 1917 se había comprometido a convocar y apoyar la Asamblea Constituyente. A comienzos de 1918 la convocó y la disolvió. Pero este acto no le ocasionó remordimientos. Debía su fidelidad a la Revolución de Octubre y a los soviets, y cuando la Asamblea Constituyente adoptó una actitud de irreductible oposición a ambos, ordenó su disolución casi con humorística ecuanimidad. También en 1917 se había comprometido a sí mismo y a su partido a luchar por la revolución mundial e incluso a apoyar una guerra revolucionaria contra la Alemania de los Hohenzollern.

Pero a comienzos de 1918, en Brest-Litovsk, llegó a un acuerdo con el gobierno del Kaiser y firmó con él una “paz vergonzante”, como él mismo la calificó. Pero no creyó haber roto su compromiso: estaba convencido de que al firmar la paz se aseguraba un respiro a la revolu-

ción rusa, y de que esto era, por el momento, el mejor servicio que podía hacer a la revolución mundial.

En esa situación, y en otras parecidas, sostuvo que *“réculer pour mieux sauter”* era una máxima sólida. No veía nada deshonoroso en el comportamiento de un revolucionario siempre que el revolucionario reconozca su retirada como una retirada, y no la presente equivocadamente como un progreso. Incidentalmente, diremos que esto es una de las importantes diferencias existentes entre Lenin y Stalin, y se trata de una diferencia moral: la diferencia entre la veracidad y la mendacidad burocrática, deseosa de hacer méritos. Precisamente cuando tenía que rendirse a las conveniencias y actuar “de manera oportunista” era cuando Lenin estaba más ansioso de preservar el sentido de la orientación de su partido, y conservaba una consciencia clara del objetivo por el cual estaba luchando. Había educado a su partido en un entusiasmo tan ardiente y en una disciplina tan severa como entusiastas y disciplinados eran los soldados de Cromwell. Pero también estaba en guardia contra los excesos de entusiasmo que más de una vez habían conducido a los partidos revolucionarios a las quijotadas y a la derrota.

Guiado por este severo realismo, Lenin estuvo dedicado después, durante cinco años, a la construcción del Estado soviético. La máquina administrativa que creó tenía poco en común con el modelo ideal que había imaginado en *“El Estado y la Revolución”*. Nacieron un ejército poderoso y una policía política que estaba en todas partes. La nueva Administración reabsorbió gran parte de la antigua burocracia zarista. Lejos de mezclarse como un *“pueblo en armas”*, el nuevo Estado, como el antiguo, estaba *“separado del pueblo y elevado por encima de él”*. A la cabeza del Estado se hallaba la Vieja Guar-

dia del partido, los santos bolcheviques de Lenin. Cobró forma el sistema del partido único. Lo que tenía que haber sido un simple para-Estado fue de hecho un súper Estado.

Lenin no podía ser inconsciente de esto. Pero, durante cinco años, tuvo o pareció tener la conciencia tranquila, indudablemente porque se había retirado de su posición bajo la presión abrumadora de las circunstancias. La Rusia revolucionaria no podía sobrevivir sin un Estado fuerte y centralizado. Un “pueblo en armas” no podía defenderla contra los Ejércitos Blancos y contra la intervención extranjera: para ello era necesario un ejército centralizado y altamente disciplinado. *La Cheka*, la nueva policía política –sostenía–, era indispensable para la eliminación de la contrarrevolución. Era imposible superar la devastación, el caos y la desintegración social subsiguientes a la guerra civil con los métodos de una democracia de los trabajadores. La propia clase obrera estaba dispersada, agotada, apática y desmoralizada. La nación no podía regenerarse por sí misma, desde abajo, Lenin creía que era necesaria una mano fuerte para guiarla desde arriba, a lo largo de una penosa era de transición cuya duración era imposible predecir. Esta convicción le dio lo que parecía ser una inquebrantable confianza moral en la orientación adoptada.

Luego, como de repente, su confianza se derrumbó. El proceso de construcción del Estado estaba ya muy avanzado, y él mismo próximo a finalizar su vida activa, cuando fue asaltado por agudas dudas, por el temor y por la alarma. Comprendió que había ido demasiado lejos y que la nueva maquinaria de poder se estaba convirtiendo en una burla de sus principios. Se sintió alienado del Estado que él mismo había construido. En un Congreso del Partido, en abril de 1922, el último al

que asistió, expresó agudamente esta sensación de enajenación. Dijo que había tenido a menudo la sensación de un conductor cuando de repente se da cuenta de que su vehículo no se mueve en la dirección en que la guía. “*Poderosas fuerzas* –declaró– han alejado al Estado soviético de su “propio camino”.

Al principio hizo esta observación como si fuera incidental, en un aparte, pero la sensación que había por debajo se apoderó de él hasta que le dominó completamente. Estaba ya enfermo y padecía de períodos de parálisis esclerótica, pero su mente funcionaba todavía con implacable claridad. En los intervalos de los ataques de enfermedad, luchó desesperadamente para hacer que el vehículo del Estado se moviera “en la dirección correcta”. Fracásó una y otra vez. Los fracasos le confundieron. Rumiaba las razones de ellos una y otra vez. Empezó a sucumbir a una sensación de culpabilidad y, finalmente, se halló en la agonía de una crisis moral, crisis que era tanto más cruel cuanto que agravaba su mortal enfermedad y era agravada por ella. Se preguntaba qué era lo que estaba transformando la República de los Trabajadores en un opresor estado burocrático. Repasaba repetidamente los familiares factores básicos de la situación: el aislamiento de la revolución, la pobreza, la ruina y el atraso de Rusia, el individualismo anárquico del campesinado, la debilidad y la desmoralización de la clase obrera, etc.

Pero algo distinto le golpeó entonces con gran fuerza. Cuando observaba a sus compañeros, seguidores y discípulos –aquellos revolucionarios convertidos en gobernantes–, su comportamiento y sus métodos de gobierno le recordaban, cada vez más, el comportamiento y los métodos de la antigua burocracia zarista. Pensaba en aquellos ejemplos de la historia en que una nación

conquista a otra pero luego, si la nación derrotada representa una civilización superior impone su propio modo de vida y su propia cultura a los conquistadores, derrotándolos espiritualmente. Concluyó que algo parecido podía ocurrir en la lucha entre las clases sociales: el derrotado zarismo estaba imponiendo, de hecho, sus propios patrones y métodos a su partido. Fue irritante admitirlo, pero lo admitió: el zarismo estaba conquistando espiritualmente a los bolcheviques porque los bolcheviques eran incluso menos civilizados que la burocracia del zar.

Habiendo conseguido esta profunda y despiadada visión de lo que estaba ocurriendo, observó a sus seguidores y discípulos con creciente desánimo. Pensaba cada vez con mayor frecuencia en los *dzierzhymordas* de la antigua Rusia, en los gendarmes y dirigentes del antiguo Estado policíaco, en los opresores de las minorías nacionales, etc. ¿No se sentaban ahora, como si hubieran resucitado, en el Politburó Bolchevique? En este estado de ánimo escribió su testamento, en el que decía que Stalin había reunido ya demasiado poder en sus manos y que el partido haría bien en separarle del cargo de secretario general. En esta época, hacia finales de 1922, Stalin estaba patrocinando una nueva constitución que privaba a las minorías nacionales de muchos de los derechos que hasta entonces se les habían garantizado y que, en cierto sentido, restablecía la “Rusia una e indivisible” de antaño al conceder poderes casi ilimitados al Gobierno central de Moscú.

Al mismo tiempo, Stalin y Dzerzhinsky, el jefe de la policía política, se dedicaban a una brutal eliminación de la oposición en Georgia y en Ucrania.

En su lecho de enfermo, mientras luchaba con su parálisis, Lenin decidió hablar y denunciar a los *dzierzhy-*

morda, a los fanfarrones brutales que en nombre de la revolución y del socialismo hacían revivir la antigua opresión. Pero Lenin no se exoneró a sí mismo de su responsabilidad; era presa del remordimiento, que extinguía la débil llama de vida que le quedaba pero que también le daba la fuerza necesaria para realizar un acto extraordinario. Decidió no limitarse a denunciar a Stalin y Dzerzhinsky, sino confesar también su propia culpa.

El 30 de diciembre de 1922, engañando a sus médicos y enfermeras, empezó a dictar notas sobre la política soviética para con las pequeñas nacionalidades, notas que pretendían ser un mensaje al próximo Congreso del Partido. “Soy, al parecer, fuertemente culpable ante los trabajadores de Rusia”; tales fueron sus palabras iniciales. Unas palabras que difícilmente pronunciaría un gobernante, y palabras que Stalin eliminó posteriormente y que Rusia leería por vez primera treinta y tres años más tarde, después del XX Congreso. Lenin se sentía culpable ante la clase obrera de su país porque –decía– no había actuado con suficiente decisión y lo bastante pronto contra Stalin y Dzerzhinsky, contra su chauvinismo *panruso*, contra la supresión de los derechos de las pequeñas nacionalidades y contra la nueva opresión, en Rusia, de los débiles por los fuertes. Ahora veía –continuaba– en qué “pantano” de opresión había ido a parar el Partido Bolchevique:

Rusia era gobernada nuevamente por la antigua administración zarista, a la que los bolcheviques “solamente habían dado un disfraz soviético”, y nuevamente las minorías nacionales quedaban expuestas:

“a la irrupción de ese auténtico ruso, el chauvinista *panruso*, que es esencialmente un canalla y un opresor como el típico burócrata ruso”.

Este mensaje tuvo que ser ocultado al pueblo soviético durante treinta y tres años. Pero creo que en estas palabras: “Soy, al parecer, fuertemente culpable ante los trabajadores de Rusia” –en su capacidad para pronunciar estas palabras–, reside una parte esencial de la grandeza moral de Lenin.

